

en la categoría de los hombres, nos debemos á nosotros mismos—1.º— un razonable cuidado de nuestro cuerpo, en darle lo necesario para conservar y reparar sus fuerzas y de este modo dar vigor al alma, para poder bien desempeñar las ocupaciones de nuestro estado; conviene mantenerse en el justo medio de la templanza y pureza con respecto á los placeres sensuales ó de los sentidos:—2.º—debemos aun poner mas cuidado en santificar nuestras almas, hacerlas dignas de Dios en la tierra y tener la dicha de poseerlo en el cielo.

**ASUNTO 3.º** —*Cujus est imago hæc et superscriptio?*

I. Importante cuestion para la mayor parte de los cristianos de nuestros dias. ¿De quién sois imágen? ¿A quién os pareceis? Es al viejo Adan de quien recibisteis la imágen por el nacimiento, ó á la nueva imágen que recibisteis de Jesucristo por medio del bautismo? ¿Os pareceis al demonio ó á Dios? *Cujus est imago hæc?* Consultad los rasgos de vuestro interior, cuáles son vuestros sentimientos, cuál es vuestra disposicion y vuestras acciones, y esto decidirá. ¿Os arrastran las inclinaciones del primer hombre, pendientes de la naturaleza corrompida? ¿Obráis como el mundo y el demonio? Entonces no sois la imágen de Jesucristo. Al contrario, si los sentimientos del Hombre-Dios animan vuestro espíritu, si practicais su Evangelio y su doctrina, dejais de ser hombres terrestres y sois entonces la verdadera imágen del celeste crucificado: *primus homo de terrâ terrenus, secundus de celo celestis; qualis terrenus, tales et terreni, qualis celestis, tales et celestes.* De este modo habla el Apóstol sacando la siguiente conclusion: *Igitur sic portavimus imaginem terreni; portemus et imaginem celestis.* Lo que da materia para una segunda reflexion.

II. Siempre que borramos de nosotros la imágen de Dios y de Jesucristo por el pecado, es preciso repararlo y reproducirlo por medio de una sincera penitencia y una buena confesion, *sicut portavimus, etc.*, y por la práctica de toda suerte de buenas obras, que serán como otras tantas pinceladas que recibirán nuestras almas y formarán en nosotros el divino retrato de nuestro Señor Jesucristo.

**Domingo Vigésimo tercero despues de Pentecostés.**

S. Natth., IX.

**ASUNTO 1.º** —Sobre las malas costumbres.

Primera reflexion. La enfermedad de aquella pobre muger que por espacio de doce años no pudo sanar de ella por mas remedios que tomaba: *Ecce mulier quæ sanguinis fluxum patiebatur duodecim annis.*

Esta enfermedad nos da á conocer que una pasion inveterada y un largo hábito en el mal es dificil de curar. El hombre tiende al mal, y si á esta tendencia se añade una larga y descuidada habitud, se convierte

entonces en una especie de necesidad semejante á una segunda naturaleza. Sobre todo, esto sucede en aquellos pecados que se cometen y consumen en el cuerpo, como son los de impureza é intemperancia.—Segunda reflexion. Aquella muger sin disgustarse tomaba remedios por ver si podia conseguir su curacion, y á pesar de ver su inutilidad, en el transcurso de doce años siguió tomándolos, hasta que tuvo la dicha de encontrar el verdadero remedio para su enfermedad recurriendo á Jesucristo. Esto nos enseña que por violenta que sea una pasion y un mal hábito, no hay que desesperarse aunque se haya trabajado inútilmente y por mucho tiempo para vencerla; al contrario es preciso perseverar y hacer nuevos esfuerzos en busca de un remedio eficaz.—A grandes males grandes remedios ¡y cuales son estos! Tercera reflexion. El Evangelio nos los indica: 1.º quitando á la pasion todo lo que puede servirle de pasto y alimento como son los placeres, los juegos y las diversiones del mundo. *Cùm venisset Jesus et vidisset tibicines, dicebat: Recedite.* Vanamente se intentaria apagar una pasion alimentada con esta clase de incentivos. 2.º convendria por algun tiempo retirarse del bullicio mundano y de los negocios para dedicarse seriamente y con aplicacion al reposo espiritual, negocio el mas importante á su conversion y á su salud: *Cùm vidisset turbam tumultuantem, dicebat: Recedite.* Sin alguna especie de retraimiento, un grande y antiguo pecador es dificil que pueda asegurar su conversion. III. Para conseguir con mas seguridad de nuestro Señor la gracia de la conversion, gracia tan trascendental y dificil de obtener, es necesario. 1.º A ejemplo de aquel príncipe y de aquella muger enferma recurrir á Dios con mucho respeto y humildad. *Ecce princeps unus accessit et adorabat. Ecce mulier accessit retrò, tremens venit et proclit antè pedes ejus.* El pecador debe humillarse y presentarse abatido delante de Dios, y Dios, que gusta de ver un corazon contrito y humillado, le perdonará. Estos sentimientos justificaron al publicano, y por medio de los mismos la santa Judit aplacó la cólera de Dios irritado contra su pueblo: *Ideo, dice ella, humiliemus animas nostras, et in spiconstituti humiliato dicamus flentes Domino ut secundum voluntatem suam sic faciat nobiscum misericordiam suam.* Judit. VIII. 2.º Pedir su conversion con instancias grandes é incesantes deseos; *Domine, filia mea defuncta est, sed veni, impone manum tuam super eam, et vivet;* tener los fervientes deseos de Daniel cuando pedia á Dios que le oyese: *Exaudi, Domine, et placare attendite et fac: ne moreris propter te metipsum, quia nomen tuum invocatum est, super civitatem et super populum tuum.* Dan, IX. 3.º Tener una grande confianza en Jesucristo: *impone manum tuam super eam et vivet.* Tal es el lenguaje del príncipe de quien habla el Evangelio: la pobre muger por otro lado nos da un testimonio de la misma confianza: *Si tetigero, dice, tantum vestimentum ejus, salva ero.* Jesucristo, admirado de ver en los dos tan grande confianza, obró en su favor dos grandes milagros, resucitó al hijo del príncipe y curó la inveterada enfermedad de aquella pobre muger. Abrazad, pecadores, la triple disposicion de humildad, fervor y confianza, y nuestro Señor os escuchará; él os convertirá haciendos pasar de la muerte á la vida espiritual: *et tenuit manum ejus, et surrexit puella.*



**ASUNTO 2.** —La oracion.

El príncipe de que nos habla el Evangelio, en los pasos que dió, nos presenta un buen modelo de oraciones. 1º Se acercó á nuestro Señor, *ecce princeps unus accessit*, 2º le adora, *et adorabat eum*, 3º le espone su demanda. *Domine filia mea modò defuncta est*. 4º Le ruega con instancia que le escuche, *veni, impone manum tuam super eam et vivet*, lo que marca bien su fe y su confianza. 5º Sigue á nuestro Señor, *et sequebatur eum*. Rogando, 1º conviene acercarse á Dios por medio de una grande atencion á su divina presencia, *ecce princeps unus accessit*; evitar la disipacion y en cuanto sea posible los objetos de distraccion 2º hacerlo con mucha religion, *et adorabat eum*. 3º Esponerle nuestras necesidades, nuestras miserias, nuestros males y desgracias, *filia mea modò defuncta est*. Contemplad, Señor mi alma abrumada de enfermedades espirituales, de achaques y dolencias, y quizá en estado mortal á vuestros ojos; contemplad mis pasiones, mis tentaciones, mis faltas y defectos: *vide, Domine, et considera; vide paupertatem meam, laborem meum, et gemitum meum*. 4º Es necesario rogar á Dios con instancia y santa importunidad, con una confianza tierna y respetuosa, *veni, impone manum tuam*. Dios quiere que le instemos con una instancia que le es agradable, que indica mucha fe y que nunca deja de escuchar, *confide, filia, fides tua te salvam fecit*. 5º Nuestras plegarias no deben tener otro objeto que seguir á Jesucristo, no dejarle nunca, practicar su doctrina, imitar sus ejemplos, *et surgens, sequebatur eum*. *Surgens*, para esto conviene abandonar el lecho de nuestra pereza, elevarnos sobre nosotros mismos, es decir, sobre la carne y los sentidos, pues haciendo lo contrario nunca seguiremos á Jesucristo: *Qui vult venire post me, abneget semetipsam*.

**Domingo Vigésimo cuarto despues de Pentecostés.**

S. Matth. XXIV.

**ASUNTO 1.º** —*Cum videritis abominationem desolationis quæ dicta est à Daniele prophetá.*

Muchos esplican estas palabras de Daniel sobre una estatua profana colocada en el templo de Jerusalem; nosotros podemos aplicarlas á las comuniones sacrílegas. I. Nada hay mas abominable que este crimen. II. Nada mas desolador. 1º Nada mas abominable: porque 1º es colocar á un Dios de tanta grandeza y santidad en el lugar mas indigno, en un corazon impuro y corrompido; 2º es postergarlo al espíritu inmundo que posee y habita este corazon. 3º es hacerse culpable contra el cuerpo y sangre de Jesucristo, renovando el indigno trato que sus verdugos le dieron durante su pasion: *Qui manducat indignè reus erit corporis et sanguinis Domini*. I. Cor., II. *Rursus crucifigentes sibi metipsos filium Dei et ostentui habentes*. Hebr., VI.

II. Nada mas desolador. Este crimen detestable, 1º abate al cul-

pable acosa su alma con los mas punzantes remordimientos, le abruma con la maldicion de Dios y las desgracias mas horribles, con un juicio y un infierno los mas formidables, *qui manducat indignè iudicium sibi manducat et bibit*; 2º la desolacion se estiende algunas veces sobre ciudades y naciones enteras; las comuniones indignas atraen sobre si la venganza del cielo; 3º Nada aflige tanto á la Iglesia y á los santos, todo el cielo se contrista amargamente de ver al Rey de la gloria entre el fango y la ignominia, y tan indignamente tratado en la tierra: *et angeli pacis amarè flebant*.

Lo restante de este Evangelio atañe al juicio final. Consúltese el primer domingo de adviento; á mas de lo que allí se espone, ved aquí otras ideas.

**Juicio.**

I. El que juzgará será un Dios y un Dios sin misericordia. II. El que será juzgado será un criminal sin defensa. III. La sentencia será sin apelacion.

**De otro modo.**

1º Será imposible esconderse: *Omnes nos manifestari oportet ante tribunal Christi. Omnia nuda et aperta sunt oculis ejus*. II. Será intolerable el parecer delante del tribunal: *Montes, cadite super nos et abscondite nos. Ponam te in exemplum, revelabo ignominiam tuam*. III. La desesperacion de los condenados. *Tempus non erit amplius; apud inferos nulla redemptio*.

**Otra idea.**

La confusion de los pecadores. I. Será entera é inevitable. II. Será insoportable. III. Durará eternamente sin poder borrarse.

**Otra idea. Aparato del juicio.**

I. La resurreccion de los muertos. II. La vista de la cruz. III. La separacion de los justos y de los malos.

**Misterios de Nuestro Señor.**

**FIESTAS DE LA SANTISIMA VIRGEN Y DE LOS SANTOS.**

**FIESTAS DE TODOS LOS SANTOS.**

La solemnidad de este dia debe ocuparse en la contemplacion de la dicha que gozan los santos en el cielo: la vista de su felicidad y bienaven-



turanza, sobre todo, debe exitarnos á seguir su ejemplo en la tierra: digo sobre todo, pues es justo honrar y útil invocar á los santos.

Tres motivos nos inducen á seguir el ejemplo de los santos en la tierra. 1º Porque tenemos tanto interés como ellos en ganar el cielo: *Ecce merces vestra multa*. S. Luc., XXI, 4. La dicha que nos aguarda en el cielo, es una dicha perfecta que excluye todo mal: *Absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum*. Apoc., XXI, 4. Cuántas calamidades affigen la tierra, pero en el cielo es todo lo contrario; allí no hay dolores, inquietudes ni sobresaltos, los santos gozan de una paz inalterable: *Quia prima abierunt*, etc., Apoc., XXI, 4. Una inmensa felicidad que se remonta sobre todos los bienes. La tierra no posee mas que débiles emanaciones de la magnificencia de Dios, porque deja en el cielo esta recompensa para sus elegidos; su propio hijo y la augusta María su madre: *Solummodo ibi magnificus est Deus*. Is., XXXVI. Es un Dios que él mismo se da por recompensa: *Ego ero merces tua*. Gén.— 6; XV, X; 1. Así es que no puede darse una descripción del paraíso que corresponda á su magnificencia y esplendor: *nec oculis vidit, nec aures audivit, nec in cor hominis ascendit quae preparavit Deus diligentibus se*. I Cor., 2. En fin una dicha eterna por todos los siglos de los siglos. Los justos vivirán eternamente, y verán, y amarán, y poseerán á Dios eternamente. La felicidad inmutable, inalterable, invariable, sin sucesion ni revolucion, nunca trastornada ni interrumpida, siempre nueva y perfecta, participará de la eternidad del mismo Dios: *Aeternum gloriae pondus*. II Cor., 4. ¿Puede haber dicha mas completa? 2º Tenemos tanta obligacion como los santos de hacer méritos para alcanzar la gloria: *Nonne usdem vestigiis?* II Cor., XII, 18. ¿Podemos observar una ley ó seguir un Evangelio mas suave que los que ellos observaron y siguieron? No ha existido ni existirá nunca una dicha igual á la que consiste en despreciar los bienes y placeres del siglo, que ama la pobreza, los sufrimientos y persecuciones: *Beati pauperes, beati mites, beati qui lugent, beati misericordes*. Matth., V. ¿Tenemos otro modelo que imitar? Para alcanzar la gloria, ¿estarán obligados los unos á llevar caracteres de semejanza con el Dios Salvador, y los otros no? *Quos praescivit conformes fieri imaginis filii*. Rom., VIII, 29. ¿Tenemos que esperar otra recompensa? El cielo, para los santos es un tesoro que les cuesta caro, una corona adquirida por sus méritos, un reino por fin que han tomado por asalto: *Simile est regnum caelorum thesauro abscondito*, etc., Matth., II. Y nosotros podemos esperar razonablemente semejante herencia? *Non coronabitur nisi qui legitime certaverit*. Apoc., VII. 3º Tenemos la misma esperanza que tuvieron los santos para merecer el cielo: *Idem certamen habentes*. Philip., I, 30. Donde el combate es el mismo, la victoria no es menos fácil. ¿Por ventura somos mas débiles que los santos? Dios nos muestra entre ellos á muchos pecadores, hembras tímidas, débiles infantes, para escitarnos á ser fieles como ellos lo fueron: *Instauras testes tuos contra me*. Job, X. Hijos de Adan como nosotros, heredaron tambien como nosotros las tentaciones, las pasiones, la fragilidad.... ¿Se nos presentan mas dificultades que á los santos? El demonio, el mundo y la carne nos atacan con mas violencia que lo hicieron á los Antonios, Gerónimos, Benitos, etc.? *Tantum habentes impositam nubem testium?* etc., Heb., XII. ¿Amenazan

á los pecadores con tormentos mas crueles que los que sufrieron los mártires? ¿Tenemos menos recursos que los santos? Lo que alcanzaron en los primeros tiempos, los buenos ejemplos, la palabra de Dios, las santas inspiraciones, los sacramentos, pueden alcanzarlo en nuestros dias: *Habet unumquodque propositum princeps suos (inter santos)*. San Gerón, Vosotros quereis gracias que, á pesar vuestro, os desvien del pecado y no es así como Dios trató á los santos. En una palabra, los santos fueron lo que somos nosotros, y de nosotros depende asemejarnos á ellos: *Ex omnibus gentibus et tribubus et populis et linguis*. Apoc., VII. Tres prácticas: 1ª Suspirar ardientemente por la felicidad de los santos, es el modo de desprendernos de las cosas mundanas. 2ª— Reflexionar con mucha atencion sobre la vida que ellos llevaron, es el modo de desengañarnos. 3ª Seguir fielmente sus huellas, es el modo de asegurarnos.

**ASUNTO 2.º**—Sobre el ejemplo de los santos. P.

Para celebrar dignamente la fiesta de todos los santos, es preciso honrarlos é invocarlos; pero sobre todo, seguir sus ejemplos.

Dos motivos nos obligan á seguir su ejemplo. 1º Por el interés que tenemos en alcanzar la gloria no la alcanzaron ellos. El que busca la felicidad en la tierra, no busca su bien, porque no está seguro de encontrarla y si la encuentra no es perfecta; y quiero suponer que todo le salga segun sus deseos; es por muy poco tiempo. Haced méritos para alcanzar el paraíso, y estad seguros que lo alcanzareis. Dios os lo ha prometido y os llaman los santos; allí os aguardan.... En el paraíso encontrareis todos los bienes imaginables, sin mezcla de ningun mal.... En fin, alcanzad el paraíso y vuestra dicha será eterna. Los santos lo comprendieron bien y están muy contentos de haber preferido la vida que llevaron, á todos los intereses del mundo. 2º De nosotros depende el merecer el cielo como los santos:—Vosotros decís que sois débiles; pero yo veo en el cielo personas de todas edades, de ambos sexos, que eran tan delicadas y frágiles como vosotros: la diferencia consiste en que ellos eran mas obedientes, mas generosos, mas devotos y pacientes que vosotros.... —Vosotros sois pecadores; muchos santos tuvieron tambien la desgracia de caer en pecado como vosotros, pero con la diferencia de que no tardaron tanto como vosotros en arrepentirse y hacer penitencia. Vosotros os veis atacados por el demonio, por el mundo y vuestras pasiones, y los santos triunfaron de los mismos enemigos, porque supieron aprovechar las gracias de Dios para vencerlos. La Iglesia nos dice hoy lo que la virtud decia en otro tiempo á san Agustin:— *Non poteris quod isti et istae*. Tres prácticas:—1.º—desear la felicidad de los santos:—2.º—invocarlos:—3.º—imitar sus virtudes.



### Sobre el alivio de las almas del Purgatorio.

**ASUNTO 1.º**— Para el día de los Difuntos. G. P.

El no ocuparse en el alivio de las benditas almas del purgatorio, es falta ó de religion, ó de atencion, ó de compasion, ó de reconocimiento ó celo, y siempre de prevision.

Falta de religion. ¿Creeis vosotros en el purgatorio y que es útil rogar por las almas detenidas en él? Vuestra fe sobre este artículo ¿no está casi muerta de languidez como sucede con otros artículos? ¿Qué haré para reanimarla? Falta de atencion. Si creéis en el purgatorio, ¿reflexionais sobre las penas y tormentos que allí se sufren? ¿Qué resultado dan estas reflexiones? ¿Son quizás estériles porque son pasajeras? Falta de compasion. ¿Seriais, por ventura, de aquellos caracteres tan duros é insensibles que nunca toman parte en la desgracia de otro, que se compadecen de él solamente de boca sin prestarle alivio?— ¿Hay suerte mas digna de compasion que la de las almas del purgatorio? Falta de reconocimiento. ¿Tan pronto habeis olvidado vuestros parientes y amigos? ¿Qué ya nada os son porque dejaron de existir y no los teneis á vuestra vista?—y tal vez sufren por causa vuestra. ¿Dónde está, si les abandonais, el buen corazon, aquella ternura con que les lisonjeabais? Falta de celo. Trabajar por la salud de las almas es un empleo digno de los apóstoles y de sus sucesores, pero que no es superior á vuestras fuerzas si rogais por las almas del purgatorio. ¿Cómo quereis acordaros de la gloria de Dios y la salvacion de las almas, si olvidais un medio tan insignificante para procurarlo? Falta de prevision. Las almas libradas por vosotros, os protegerán delante de Dios— ¿qué no teneis necesidad de ello? cuando por satisfacer tantas ofensas, por expiar tantos pecados veniales, gemireis envueltos en las llamas del purgatorio, sereis tratados (es el oráculo del Evangelio) sereis tratados como hayais tratado á los demás; vuestros descendientes os olvidarán (Dios lo permitirá) porque vosotros olvidasteis á vuestros antepasados: *Quá mesurá mensi fueritis, remetietur vobis.* S. Luc., VI, 38.

**ASUNTO 2.º**— La preparacion para la muerte. G.

*Este asunto es sacado del Evangelio del domingo vigésimo cuarto despues de Pentecostes; puede trasportarse á aquel día.*

*Sicut fulgur exit ab oriente et paret usque in occidentem, ita erit et ad ventus filii hominis.* Matth., XXIV. v. 27.

El mas importante de nuestros deberes, es pensar y prepararse continuamente para la muerte. Por tres motivos estamos obligados á hacerlo. 1º Porque la muerte dentro de poco nos sorprenderá infaliblemente: *Estote parati, quia quâ horâ non putatis filius hominis veniet.* [S. Luc., XII, 40, Nada hay mas seguro: vosotros morireis, *statutum est homi-*

*nibus semel mori.* Hebr., IX. Infalible es el fallo porque viene de Dios; fallo justo, porque es contra los criminales; universal, porque abraza todos los tiempos, todas las edades, todos los estados; un fallo ejecutado desde el principio del mundo, sin que persona alguna haya sido exceptuada. Pronto morireis: *Dies ultimus senibus est in januis, juvenibus in insidiis.* (El abate Guerry.) La vida del hombre no es mas que un soplo, ó mejor, una muerte continúa; cada paso que damos es un paso hácia la tumba. Aunque pasen días, que pasen años, es preciso morir; la muerte no hace pactos, ni con la edad, la salud, la robustez, la fuerza, ni los miramientos.... Morireis de un modo imprevisto, ¿será vuestra muerte violenta ó natural? ¿lenta ó súbita? ¿tranquila ó funesta? ¿Moriréis con la asistencia de los sacerdotes, con el socorro de los sacramentos, ó bien sereis sorprendidos como tantos otros, sin conocimientos, sin el uso de la palabra, sin movimiento? Abismos impenetrables: *Latet unus dies, ut observentur omnes dies.* S. Agust. Es una mira de la divina providencia el escondernos un día para que recemos todos los demás.

El segundo motivo es: porque la muerte de todo nos despoja: *Solum mihi superest sepulchrum.* Job., XVII, 1. Es imposible impedir el despojo general que causa la muerte: *Nudus egressus sum de otero matris mee, et nudus revertar illuc.* Job., 1. Mal de su grado todo se le escapa al moribundo, todo se funde á sus pies, belleza corporal, bienes de fortuna, objetos de interés, uso de los sentidos, mundo, sociedad, parientes, amigos; todo lo pierde en un momento sin que le quede mas que la podredumbre por herencia.... Despojo muy doloroso de sufrir: *Siccine separat amara mors.* I. Reg., XV. En esta distancia que apenas entrevé el pecador, no precisa durante la vida mas que un pequeño recuerdo para helarse de miedo y horror: *O mors quâm amara est memoria tua!* etc. Eccl., XLI. ¿Qué sucederá pues cuando se realice? ¿Qué cruel reparacion! Que cosa tan dura no poder ya disponer de sus bienes, mas que con las siguientes palabras: Yo dejo.... Despojo que puede prevenirse ¿y cómo? haciéndolo voluntariamente con todo su corazon, abandonando alegremente, para ir á unirse con Dios, todas las cosas que en él, y por él se amaban. Abandonar anticipadamente, por un sacrificio meritorio, lo que, tarde ó temprano, habrá de abandonar necesariamente y sin mérito alguno: *Fiat voluntarium quod futurum est necessarium, offeramus Deo pro munere, quod pro debito tenemus reddere.* S. Geron. Es el estudio que todo cristiano debe hacer todos los días.

El tercer motivo, es que la muerte dentro poco fijará irrevocablemente nuestro destino: *Non est reversio finis nostri.* Sap. II, 5. La muerte no tiene vuelta: *Semel mori* Hebr., IX. Solamente se muere una vez, el tiempo acabado no vuelve á empezar, y la eternidad empezada no puede tener fin.... Es imposible una segunda voluntad. Antes de la muerte no hay felices ó desgraciadas disposiciones que, absolutamente hablando, no puedan cambiarse; pero por la muerte, el corazon del hombre es incapaz de la menor alteracion, está confirmado para siempre en el bien ó en el mal, sin poder pasar del uno al otro: de aquí es que no puede pasar á otra eternidad; lo que sienta el alma al separarse del cuerpo, favor ó desgracia, salud ó reprobacion, lo sentirá por todos los siglos: *Inter vos et nos magnum chaos,* etc. S. Luc., XVI, 26. Seis mil años



hace que murieron, el justo Abel, y el impio Cain, ¿y cuál es su suerte hoy día? la misma precisamente que tuvieron en su muerte: *Si ceciderit lignum ad austrum aut ad aquilonem, in quocumque loco ceciderit, ibi erit.* Eccl., II. La muerte no es mas que un paso, pero un paso decisivo. ¿Puede uno prepararse bastante para ella?

Tres prácticas. 1ª Pensar á menudo en la muerte. 2ª Desprendernos de todo antes de morir. 3ª Ponerse en el estado que uno desea para la hora de la muerte.

**ASUNTO 3.º** — El pensamiento de la muerte. P. *Sicut fulgur, etc.* Matth. XXIV, 27.

Todo cristiano debe temer y conservar el pensamiento de la muerte: dos motivos nos obligan á ello.

Primer motivo. El pensamiento de la muerte debe ocuparnos seriamente; ¿cuánta materia no suministra para nuestras reflexiones!

La muerte es rigurosamente inevitable: *Statutum est etc.*, Heb., IX. Todos debemos morir; el fallo se dió y se ha ejecutado desde el origen del mundo. Este mundo es una prision donde se van sucediendo todos los mortales culpables de lesa divinidad, para ser cada uno, á su turno, entregado á los dolores de la muerte, que sirven de verdugos, perecer entendidos ya sobre una cama, ya sobre un catafalco; triste fin, objeto legítimo de nuestros pensamientos.

La muerte es irreparable en sus consecuencias. Al morir, el alma pasa de su cuerpo á un tribunal sin apelacion, que debe juzgar su vida y fijar su suerte. Antes de dar el último suspiro todo puede cambiar, pero, un momento despues ya no hay remedio, ya no se puede volver, del vicio á la virtud, del pecado á la penitencia: *In quocumque loco liquum ceciderit, ibi erit.*, Ecles., XI. Donde cae el árbol allí queda para siempre: hecho decisivo y demasiado interesante para olvidarlo jamás.

El segundo motivo es, que el pensamiento de la muerte da materia para ocuparnos útilmente. Es suficiente para desengañarnos, para convertirnos prontamente y conducirnos santamente. Estando bien penetrados del pensamiento de la muerte haremos el siguiente raciocinio... Ya que nos es preciso morir, ¿qué buscamos en este mundo? en que se convierten sus vanidades despues de la muerte? *Mundus transit.* ¿Merece ser creído, amado, temido despues que pasa él y todo lo que contiene? Y nosotros mismos ¿qué somos para afectar tanto orgullo y tantas distinciones?... Ya que tan pronto hemos de abandonar el mundo, quien sabe si mañana, ó puede ser hoy, es prudente diferir nuestra conversion y vivir en un estado en el cual no quisieramos morir?... Ya que debemos morir, para ver en aquel momento nuestro eterno juicio, no debemos hacer provision de buenas obras? Podemos tener nunca bastante vigilancia, bastante fervor? Hay un solo acto que no nos convenga hacer como si fuese el último de nuestra vida? A cuantos cristianos lánguidos no han desengañado, purificado y reanimado estas reflexiones! Lo mismo sucederá con vosotros.

Tres prácticas. 1ª Pensar en la muerte y muy amenudo, 2ª Pensar en ella y seriamente. 3ª Pensar en ella y pensar eficazmente.

**ASUNTO 4.º** — Sobre el mismo punto G. P

El modo de prepararse para la muerte es pensar en ella á menudo.

Y vosotros ¿pensais bastante para romper vuestros lazos, vuestras cadenas? La muerte es la prueba sensible de la futilidad de las cosas humanas. Para amar cristianamente á vuestros parientes, amigos, bienes y fortuna, pensad en la muerte que todo os lo arrebatará.

¿Pensais en ella para reprimir vuestros deseos? La muerte es el escollo donde van á estrellarse los deseos mas grandes: para moderarlos no hay mas que considerar atentamente el estado á que la muerte ha reducido á aquellos mismos que habian tenido un exito feliz en sus empresas.

¿Pensais en ella para confundir vuestro orgullo? La muerte nos hace sentir la igualdad que hay entre los hombres. Para no despreciar á nadie, pensad en la muerte que confunde al sábio con el ignorante, al rico con el pobre, al rey con el vasallo.

Pensais en ella para sentar vuestras deliberaciones? La muerte es el mejor consejero que podriais escojer en todas vuestras dudas; consultadla para escoger un buen método de vida, para el uso de vuestros bienes, para la disposicion de vuestros empleos, para la medida de vuestras diversiones, para el órden de vuestras devociones, á fin de no tener que arrepentiros mas adelante. Preguntaos á vosotros mismos si no os arrepentiriais, á lo menos en la hora de la muerte.

¿Pensais en ella para apresurar vuestra penitencia? La hora de la muerte es incierta y sorprende á los mas justos. Sin embargo; nada hay mas terrible que la muerte antes de la penitencia: para sufrir, pues, los rigores saludables de esta, pensad en los horrores irreparables de aquella.

¿Pensais en ella para escitar vuestro fervor? La muerte está continuamente á nuestro lado, y siempre estamos en vísperas de parecer delante de Dios. Miradme, ya llevo, dice él, *ecce venio sitò*, Apoc., XXII, 12. Para desvanecer toda languidez y toda tibieza, tened cuidado de mirar la muerte de cerca, no la considereis nunca de lejos. Procurad hacer todas vuestras acciones como si cada una de ellas hubiese de ser seguida de la muerte: acostumbraos á rogar, á examinar vuestra conciencia, á llorar por vuestros pecados, á confesaros y á recibir el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, como hariais todas estas cosas en la hora de vuestra muerte: tal es el método que debeis emplear para reanimar vuestra piedad amortiguada.

### Fiesta de S. Andrés.

**ASUNTO. 1.º** — Los sufrimientos.

Por la intercesion de S. Andrés, debemos pedir á Dios que, á ejemplo del santo, nos dé paciencia para sufrir por amor suyo. Todos tienen que sufrir, pero pocos sufren con paciencia por el amor de Dios.